

## 7. Richard J. Evans \*

### *Por qué Trump no es un fascista*

Traducción: Gopal Ezequiel Martínez  
(Universidad de Buenos Aires)

Desde hace tiempo atrás, varios comentaristas importantes, incluyendo a los historiadores Timothy Snyder y Sarah Churchwell, la ex secretaria de Estado de los Estados Unidos Madeleine Albright y el profesor de políticas públicas de Berkeley Robert Reich, sostienen que Donald Trump es un fascista. La escritora Rebecca Solnit incluso ha llamado “nazis” a los seguidores de Trump.

Ellos dicen: observen su desprecio hacia la democracia, sus ataques a la prensa y al poder judicial, su demagogia, su intolerancia hacia sus opositores, su autoritarismo, su auto-identificación con dictadores extranjeros y caudillos, su nacionalismo y su política exterior de “los Estados Unidos, primero” (*America first*). Miren cómo desprecia a organismos internacionales, tratados y acuerdos, su racismo y su apoyo a

grupos supremacistas blancos, su incitación a la violencia en las calles de Estados Unidos.

Ciertamente, tiene reminiscencias del fascismo. Hitler y Mussolini atacaron la libertad de prensa, menospreciaron al poder judicial, incitaron a sus seguidores a atacar y matar a sus oponentes y colocaron un racismo asesino en el corazón de su ideología. Destrozaron tratados, abandonaron organismos internacionales, socavaron y finalmente destruyeron la democracia parlamentaria, y promovieron cultos a la personalidad que sedujeron a millones y los llevaron a aceptarlos como grandes redentores.

La tentación por trazar paralelismos entre Trump y los líderes fascistas del siglo XX es comprensible. ¿Qué mejor forma de expresar el miedo, odio y desprecio que Trump genera en los *liberals* que compararlo con la más absoluta maldad política?<sup>1</sup> Pero pocos de los que describieron a Trump como fascista pueden ser considerados verdaderos expertos en la materia, ni siquiera Snyder. La mayoría de los verdaderos especialistas, incluyendo a los historiadores Roger Griffin, Matthew Feldman, Stanley Payne y Ruth Ben-Ghiat, concuerdan en que, sea lo que sea, Trump no es un fascista.

El fascismo y el nazismo fueron producto de la primera guerra mundial, que militarizó a la sociedad y que –en la mente de sus líderes

\* Original: Richard J. Evans, “Why Trump isn’t a fascist”, *New Statesman*, 13 de enero de 2021, <https://www.newstatesman.com/world/2021/01/why-trump-isnt-fascist>

<sup>1</sup> En líneas generales en los Estados Unidos, el término *liberal* tiene una connotación político-social. Se asocia con aquellos sectores que defienden una economía “mixta”, aunque capitalista, pero ponderan políticas de progreso y justicia social, y se acercan a ideas socialistas o de izquierda. (N. del T.)

y seguidores- desacreditó a la democracia liberal al asociarla a la derrota militar. En Alemania, la derrota fue catastrófica, conllevando grandes pérdidas territoriales, la emasculación de un país que era potencia y el pago de enormes reparaciones de guerra a los Aliados. Italia, quien estuvo en el bando ganador luego de la guerra en 1918, no vio los beneficios que esperaba por haberse aliado a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, y el país salió de la guerra con lo que los historiadores llamaron “la mentalidad de una nación derrotada”.

Lo que impulsó al fascismo y al nazismo fue el deseo de volver a pelear la primera guerra mundial, pero esta vez ganándola. Prepararse para la guerra, armarse para la guerra, educarse para la guerra y hacer la guerra fue lo que definió la teoría y la praxis fascista. El objetivo de Hitler de conquistar territorios comenzó a hacerse realidad en 1933, mientras Alemania se rearmaba y preparaba para invadir países vecinos. Hacia mediados de 1940, la Alemania nazi había conquistado Polonia, Austria, Checoslovaquia y casi toda Europa occidental. El Tercer Reich vivía para la guerra, respiraba guerra y promovía la guerra sin límites. De manera similar, el objetivo central de Mussolini era crear un nuevo “Imperio romano”, comenzando por la conquista de Etiopía en 1935-36 y siguiendo con intentos menos exitosos de someter a países del Mediterráneo, experiencias desastrosas como en los casos de Yugoslavia, Grecia y el norte de África.

A pesar de toda la hostilidad de Trump hacia los países que percibe como enemigos de Estados Unidos, particularmente Irán, no

hay indicios de que haya buscado la guerra con ningún poder extranjero, ni que haya estado motivado por el deseo de conquista y de crear un imperio estadounidense. Es un aislacionista, ocupado con retirar las tropas norteamericanas de sus aventuras en el exterior, desde Siria hasta Afganistán. “Estados Unidos, primero” no remite a iniciar guerras sino a retirarse de ellas.

El aliento de Trump a la violencia contra sus adversarios no ha sido algo sistemático. Incitó a sus seguidores a que agredieran a periodistas y, durante la campaña electoral de 2016, insinuó que podrían apelar a la Segunda Enmienda de la Constitución (el derecho a portar armas) contra Hillary Clinton. También ha calificado a los supremacistas blancos como “buenas personas”. Pero nada de esto se compara a los cientos de miles de tropas de asalto y *squadristi* que los líderes nazis y fascistas desplegaron diariamente en las calles en los años '20 y '30 para intimidar, apalear, arrestar, encarcelar y a menudo asesinar a opositores políticos.

Hitler y Mussolini buscaron transformar a sus países en estados de guerra permanente: combinando educación y propaganda, por un lado, y violencia callejera e intimidación por el otro, apuntaban a forjar un nuevo tipo de ciudadano, uno que fuera agresivo, disciplinado, arrogante, decidido, organizado y obediente con los dictados del estado. El historiador G. M. Trevelyan desdeñó los esfuerzos de Mussolini por convertir a los italianos en alemanes de segunda, pero incluso en Alemania esta tarea fracasó, excepto entre una minoría de seguidores acérrimos de Hitler.

La sociedad que quería Hitler es la que aparece retratada en los últimos minutos de *El triunfo de la voluntad* (1935) de Leni Riefenstahl, donde se ven filas apretadas e interminables de tropas de la *Schutzstaffel* (SS) marchando a lo largo de la pantalla como buenos autómatas.<sup>2</sup> La realidad era diferente, puesto que la mayoría de los alemanes se alejó de este proceso deshumanizante refugiándose en sus vidas privadas.

Por contraste, Trump ha promovido una visión distorsionada de la libertad personal: una sociedad en la que la gente no está sujeta a la regulación y la supervisión del gobierno, en la que reinan la anarquía y la confusión, el autocontrol se deja de lado, la violencia pasa de largo sin más y la corrupción permea la política.

Trump solo tiene respeto por aquellos a quienes ve como “ganadores” y no puede soportar la idea de la derrota. Al rechazar una visita a un cementerio militar en París en septiembre de 2020, alegó que los soldados que murieron por su país en el campo de batalla eran “perdedores” y “bobos”.

Esta mentalidad contrasta fuertemente con el rol central que tenía la idea de sacrificio en la ideología fascista. Hitler se veía a sí mismo

como alguien dispuesto a hacer lo que fuera necesario: “Siempre voy por todo”, le dijo a Hermann Goering en 1939. No cabía otra posibilidad que la victoria total o la derrota total. En su mente, suicidarse en caso de ser derrotado siempre fue una opción. Hitler y su ministro de propaganda Joseph Goebbels construyeron un culto en torno a los “mártires” nazis como Horst Wessel, un soldado de la *Sturmabteilung* (SA) muerto por los comunistas tres años antes de que el nazismo tomara el poder.<sup>3</sup> También honraron a los hombres que fueron abatidos por la policía en el *Putsch* de la Cervecería de 1923, desfilando anualmente en ceremonias conmemorativas con la “bandera de sangre” que portaban los golpistas.

Para la ideología nazi, sacrificarse por la nación era tan importante que cuando hacia el final de la segunda guerra mundial era claro que el nazismo había sido derrotado, una ola de suicidios arrasó a toda la cúpula nazi, empezando por Hitler, Goebbels, Heinrich Himmler y Goering, y siguiendo por el resto de sus filas.

Más allá de las diferencias en cuanto a ideología y temperamento, están los contrastes en la forma de organización estatal. En la Alemania y la Italia de los '30 y '40 el mundo empresario se convirtió en un ayudante del “estado corporativo”. Se

<sup>2</sup> Las SS fueron una organización paramilitar nazi creada en 1925. En sus inicios eran la guardia personal de Hitler, pero con el correr de los años su importancia, autonomía y atribuciones fueron cada vez mayores. Sus principales funciones eran garantizar la seguridad interna de Alemania, aplicar las leyes de “pureza racial” y administrar los campos de concentración. (N. del T.)

<sup>3</sup> Las SA fueron una organización paramilitar nazi que tuvo un rol destacado durante la década del '20 y principios de los '30. Eran un grupo de choque encargado de brindar seguridad en los actos políticos del nazismo e intimidar y atacar a sus enemigos. (N. del T.)

destruyeron sindicatos y asociaciones laborales, mientras que empresas y líderes de la industria obtuvieron grandes beneficios, siempre y cuando lo que produjeran le fuera útil al partido y al ejército.

Tanto Hitler como Mussolini mantuvieron un control casi absoluto de las instituciones sociales y las asociaciones voluntarias, de manera que todo fue cooptado dentro de las estructuras del estado fascista, desde clubes de fútbol hasta coros masculinos. Esta política social estuvo sostenida por enormes sistemas burocráticos que dieron empleo a sus miles de seguidores, que tras años de miseria y privaciones estaban deseosos de dinero y estatus.

Durante los cuatro desastrosos años de Trump en la Casa Blanca, puestos de trabajo en el gobierno han quedado vacantes, funcionarios de alto rango fueron despedidos de manera rutinaria, y el Comandante en Jefe pasó buena parte de su tiempo jugando al golf. El dinamismo hiperactivo que caracterizó a los regímenes fascistas estuvo completamente ausente. El Congreso prevaleció sobre los intentos de Trump por eclipsarlo o socavarlo, y los jueces, incluidos los que él nominó para la Corte Suprema, respetaron la ley y la interpretaron de manera tal que en ocasiones contrariaron las ambiciones de Trump, particularmente en el caso del rechazo a su cuestionamiento legal a los resultados de la elección presidencial. Los funcionarios electorales, entre los cuales hay republicanos de larga trayectoria, no se dejaron intimidar, mientras que los principales medios de comunicación no le

dejaron pasar sus mentiras y medias verdades.

El daño que Trump le hizo a la democracia estadounidense es considerable, pero estos cuatro años de caos han demostrado la resiliencia de las instituciones norteamericanas, de su ley y su constitución. La democracia estadounidense está dañada, pero sobrevive.

La cultura democrática de los países europeos en los que se impuso el fascismo luego de 1918 estaba poco arraigada. El poder judicial alemán era abrumadoramente hostil hacia la República de Weimar, y la idea de una prensa imparcial y no partidaria era demasiado nueva como para establecerse como un elemento aceptado de la vida política. La legitimidad del sistema político alemán en los '20 y a principios de los '30 era débil, y la corrupta política italiana estaba ampliamente desacreditada.

Una parte considerable de la población estadounidense –y, ciertamente, la mayoría de los miembros del Partido Republicano– se rehúsa a aceptar el triunfo del presidente electo Joe Biden. Pero esto no significa que quieran desestimar la Constitución, sino simplemente que no creen que se haya utilizado de manera justa.

Las impactantes escenas del Capitolio del 6 de enero y el espectáculo de Trump elogiando como patriotas a aquellos que atacaron a la policía y destrozaron las oficinas de los congresistas del Partido Demócrata mostraron la amenaza que él y sus seguidores representan para la democracia y la ley. Grupos de ultraderecha

de todo el país amenazan con protagonizar insurrecciones armadas el día de la asunción de Biden.

Pero el 6 de enero no fue un intento de golpe. Y tampoco es probable que ocurra uno el 20 de enero. A pesar de toda la retórica incendiaria de Trump, el ataque al Congreso no fue un intento planificado por hacerse con el poder. Trump es demasiado caótico e indisciplinado como para preparar y ejecutar cualquier tipo de asalto organizado a la democracia.

El asalto al Capitolio ha sido comparado con el infame *Putsch* de la Cervecería de Hitler del 9 de noviembre de 1923. En aquella ocasión, Hitler reunió a sus seguidores armados y uniformados en una cervecería de Múnich, desde donde marcharon hasta el centro de la ciudad. Alemania estaba en crisis: la inflación estaba fuera de control y los franceses habían ocupado el Ruhr a principios de año.

Hitler pensaba que las condiciones eran favorables para un golpe de estado y anunció la formación de una “dictadura nacional” liderada por él mismo. Pero el golpe salió mal, los insurrectos fueron dispersados a tiros por la policía y Hitler fue arrestado y sentenciado a cinco años de “prisión en fortaleza” (de los cuales solamente cumplió nueve meses). La intención original era hacerse con el gobierno de Múnich y, tal como hizo Mussolini en Roma en 1922, marchar sobre la capital. Pero el *putsch* fue confuso y caótico, y estaba condenado al fracaso desde antes de comenzar.

Hitler extrajo dos lecciones de esta debacle. La primera, que hacerse con el poder a

través de una confrontación abierta y directa con el gobierno no iba a funcionar; las urnas, y no las balas, eran el mejor camino hacia el poder. La segunda lección era igual de importante: el *Putsch* de la Cervecería también fue un fracaso porque Hitler no había logrado asegurarse el apoyo de la élite política, del mundo empresarial, de la burocracia del gobierno ni de la policía.

No volvería a cometer el mismo error dos veces. Entre 1932 y 1933 usó su éxito electoral, que había llevado a los nazis a convertirse en el partido más grande de Alemania, como base para negociar el apoyo de dichos grupos a un gobierno de coalición encabezado por él. Un factor importante fue la inutilidad de la legislatura: perturbada por las facciones en conflicto de nazis y comunistas uniformados, el Reichstag solo se reunió en un puñado de ocasiones en 1932, y el gobierno legisló vía decreto. Aprovechando esta situación y soltando a sus camisas pardas en las calles, Hitler transformó la Cancillería en una dictadura en cuestión de meses.

¿Es el asalto al Capitolio del 6 de enero, al igual que el *Putsch* de la Cervecería, un comienzo y no un final? Parece claro que, por lo pronto, el trumpismo en tanto fuerza política no va a desaparecer. Muchos de sus seguidores continuarán disputando la legitimidad de la elección de Biden y viendo a Trump como el verdadero presidente de los Estados Unidos. Pero hay indicios de que los sucesos del 6 de enero impactaron a muchos republicanos a punto tal de abandonar a Trump y a sus seguidores más fanatizados. El Partido Republicano podría dividirse; Trump podría convertirse en el

líder de un tercer partido de ultraderecha dirigido desde Mar-a-Lago. El tiempo dirá.

Pero el tiempo está contra Trump. En 1923, Hitler y sus seguidores eran hombres jóvenes. Podían darse el lujo de esperar. Trump es un septuagenario y tiempo no es lo que le sobra. Podría surgir un sucesor, pero parece improbable que pueda igualar el atractivo de Trump. Hay preguntas acerca del fracaso de la policía en prevenir el asalto al Capitolio, pero hay poca evidencia de que las fuerzas del orden –las ramas administrativas y legales del estado, así como las fuerzas militares– impidan una transición pacífica el 20 de enero. La situación en los Estados Unidos es hoy más parecida a Múnich en 1923 que a Berlín diez años después.

Presentar estas obvias cuestiones no equivale a alentar la complacencia. Esto significa que más que luchar contra los demonios del pasado –el fascismo, el nazismo, la militarización de la política en la Europa de entreguerras– es necesario luchar contra los nuevos demonios del presente: la desinformación, las teorías conspirativas y la confusión entre verdades y mentiras.

Prohibirle el uso de redes sociales a figuras peligrosas e irresponsables como Trump es un comienzo –incitan a la violencia y proveen desinformación a un nivel que hace que Goebbels parezca George Washington (el primer presidente estadounidense, de quien se dice que nunca dijo una mentira). La acusación de Trump, falsa e incesante, de que la elección fue fraudulenta ha convencido a muchos estadounidenses de que sus votos ya no sirven para nada. Esta

falta de fe en la democracia, y no una toma del poder violenta, es la verdadera amenaza a la república norteamericana.

Que los Estados Unidos y sus ciudadanos logren preservar la democracia y sus instituciones depende en gran medida de que puedan identificar cuáles son las verdaderas amenazas y puedan desarrollar los medios adecuados para derrotarlas. Imaginarse que están viviendo un resurgir de los intentos fascistas de conquistar el poder no será de mucha ayuda. Uno no puede ganar las batallas políticas del presente si siempre está atascado en el pasado.